

SEDE APOSTÓLICA
SANTO PADRE
Benedicto XVI

Mensaje

XLVI JORNADA MUNDIAL DE ORACIÓN POR LAS VOCACIONES 2009

La confianza en la iniciativa de Dios y la respuesta humana

3 de mayo de 2009

Venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio, queridos hermanos y hermanas:

Con ocasión de la próxima Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada, que se celebrará el 3-5-2009, Cuarto Domingo de Pascua, me es grato invitar a todo el pueblo de Dios a reflexionar sobre el tema "La confianza en la iniciativa de Dios y la respuesta humana". Resuena constantemente en la Iglesia la exhortación de Jesús a sus discípulos: «*Rogad al dueño de la mies que envíe obreros a su mies*» (Mt 9,38). ¡Rogad! La apremiante invitación del Señor subraya cómo la oración por las vocaciones ha de ser ininterrumpida y confiada. De hecho, la comunidad cristiana, sólo si efectivamente está animada por la oración, puede «*tener mayor fe y esperanza en la iniciativa divina*» (Exhortación Apostólica postsinodal *Sacramentum caritatis*, 26).

La vocación al sacerdocio y a la vida consagrada constituye un don divino especial, que se sitúa en el amplio proyecto de amor y de salvación que Dios tiene para cada hombre y la humanidad entera. El apóstol Pablo, al que recordamos especialmente durante este Año Paulino en el segundo milenario de su nacimiento, escribiendo a los efesios afirma: «*Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, nos ha bendecido en la persona de Cristo con toda clase de bienes espirituales y celestiales. Él nos eligió en la persona de Cristo*

una ofrenda agradecida a Dios y una cooperación total en el plan que Él persigue en la historia (cf. n. 2062).

Contemplando el misterio eucarístico, que expresa de manera sublime el don que libremente ha hecho el Padre en la Persona del Hijo Unigénito para la salvación de los hombres, y la plena y dócil disponibilidad de Cristo hasta beber plenamente el «cáliz» de la voluntad de Dios (cf. Mt 26,39), comprendemos mejor cómo «*la confianza en la iniciativa de Dios*» modela y da valor a la «*respuesta humana*». En la Eucaristía, don perfecto que realiza el proyecto de amor para la redención del mundo, Jesús se inmola libremente para la salvación de la humanidad. «*La Iglesia —escribió mi amado predecesor Juan Pablo II— ha recibido la Eucaristía de Cristo, su Señor; no sólo como un don entre otros muchos, aunque sea muy valioso, sino como el don por excelencia, porque es don de sí mismo, de su persona en su santa humanidad y, además, de su obra de salvación*» (Encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, 11).

Los presbíteros, que precisamente en Cristo eucarístico pueden contemplar el modelo eximio de un "diálogo vocacional" entre la libre iniciativa del Padre y la respuesta confiada de Cristo, están destinados a perpetuar ese misterio salvífico a lo largo de los siglos, hasta el retorno glorioso del Señor. En la celebración eucarística es el mismo Cristo el que actúa en quienes Él ha escogido como ministros suyos; los sostiene para que su respuesta se desarrolle en una dimensión de confianza y de gratitud que despeje todos los temores, incluso cuando aparece más fuerte la experiencia de la flaqueza propia (cf. Rm 8,26-30), o se hace más duro el contexto de incompreensión o incluso de persecución (cf. Rm 8,35-39).

El convencimiento de estar salvados por el amor de Cristo, que cada santa Misa alimenta a los creyentes y especialmente a los sacerdotes, no puede dejar de suscitar en ellos un confiado abandono en Cristo, que ha dado la vida por nosotros. Por tanto, creer en el Señor y aceptar su don comporta fiarse de Él con agradecimiento adhiriéndose a su proyecto salvífico. Si esto sucede, la persona llamada lo abandona todo gustosamente y acude a la escuela del divino Maestro; comienza entonces un fecundo diálogo entre Dios y el hombre, un misterioso encuentro entre el amor del Señor que llama y la libertad del hombre que le responde en el amor, sintiendo resonar en su alma las palabras de Jesús: «*No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido, y os he destinado para que vayáis y deis fruto,*

de su Espíritu Santo; se convierte en comunión con quien nos hace capaces de dar fruto abundante (cf. Jn 15,5).

Emblemática respuesta humana, llena de confianza en la iniciativa de Dios, es el «*amén*» generoso y total de la Virgen de Nazaret, pronunciado con humilde y decidida adhesión a los designios del Altísimo, que le fueron comunicados por un mensajero celestial (cf. Lc 1,38). Su «*sí*» inmediato le permitió convertirse en la Madre de Dios, la Madre de nuestro Salvador. María, después de aquel primer «*fiat*», que tantas otras veces tuvo que repetir, hasta el momento culminante de la crucifixión de Jesús, cuando «*estaba junto a la cruz*», como señala el evangelista Juan, siendo copartícipe del dolor atroz de su Hijo inocente. Y precisamente desde la cruz, Jesús moribundo nos la dio como Madre y a ella fuimos confiados como hijos (cf. Jn 19,26-27), Madre especialmente de los sacerdotes y de las personas consagradas. Quisiera encomendar a ella a cuantos descubren la llamada de Dios para encaminarse por la senda del sacerdocio ministerial o de la vida consagrada.

Queridos amigos, no os desaniméis ante las dificultades y las dudas; confiad en Dios y seguid fielmente a Jesús, y seréis los testigos de la alegría que brota de la unión íntima con Él. A imitación de la Virgen María, a la que llaman dichosa todas las generaciones porque ha creído (cf. Lc 1,48), esforzaos con toda energía espiritual en llevar a cabo el proyecto salvífico del Padre celestial, cultivando en vuestro corazón, como Ella, la capacidad de asombro y de adoración a quien tiene el poder de hacer «*grandes cosas*» porque su Nombre es santo (cf. Lc 1,49).

Vaticano, 20 de enero de 2009.